

JAPÓN Y ESTADOS UNIDOS: Perspectiva de nueva relación

OMAR MARTÍNEZ LEGORRETA
El Colegio de México

LAS RELACIONES entre los Estados Unidos de América y Japón, en los 27 años que han seguido al fin de la segunda Guerra Mundial, no han producido, ni con mucho, una mutua comprensión básica de las políticas de ambos países, tanto en lo interno como en lo internacional. Japón y los Estados Unidos se dan mutuamente la impresión de que el otro no fuera parte tan importante de sus respectivos juegos políticos.

Esto parecería ser congruente entre otros países con menos intereses recíprocos y en épocas menos turbulentas; pero da la casualidad que Japón no sólo es el cliente principal de los Estados Unidos y un importante aliado político, sino también es una potencia mundial —fuera del grupo europeo—, que comparte con los Estados Unidos aspiraciones sociales comunes, una forma de vida urbano-tecnológica similar y una proclamada devoción a los principios democráticos.

Las relaciones norteamericano-japonesas desde hace algún tiempo vienen atravesando por una crisis, que en gran parte se debe a que ninguna de las dos partes se da cuenta de la posición de la otra. Las confrontaciones comerciales han escalado hasta lo que se podría llamar una guerra comercial-económica. Políticamente, además de la cuestión de la revisión sobre lo de Okinawa y los problemas sobre las versiones del rearme japonés, vino en julio de 1971 el anuncio de la próxima visita del presidente Nixon a Pekín. Ésta fue en verdad una vuelta de ciento ochenta grados en la actitud de los Estados Unidos hacia China, hecha ostensi-

blemente sin tomar el parecer de Tokio y sin haberle informado siquiera con anticipación.

La culpa de todo este enredo, sin embargo, la tienen los cambios que han ocurrido en ambos países y de los cuales, los dirigentes de Japón y los Estados Unidos apenas si tienen noticia. Acostumbrados a ver a los Estados Unidos y a pensar en los norteamericanos como una especie de hermano mayor al que hay que respetar aunque no necesariamente imitar, o como un cuerno de la abundancia del que sale toda clase de bienes, o bien como una inagotable fuente de riquezas, los japoneses no pueden creer ahora que su rápido crecimiento los haya colocado en un lugar muy cercano al del hermano mayor, y que éste los empuje a ver como un competidor de cuidado.

Japón se encerró en sí mismo, por segunda vez, al sufrir la derrota mayor de su historia en manos de los Estados Unidos, y obligado además por la ocupación de las fuerzas de MacArthur, hubo de concentrarse en su reconstrucción interna dejando de lado toda preocupación respecto a convivencia internacional y nuevas teorías o corrientes políticas de pensamiento, así como se desentendió también de toda participación en la política mundial que se fraguara en la posguerra. El cuidado de esos asuntos lo dejó a los Estados Unidos, pues era más de su incumbencia el volver a ponerse sobre sus pies y acelerar su recuperación económica.

La Constitución que le fue dada a Japón en la posguerra dejó claramente dispuesto que el país no podría organizar un ejército convencional, y sólo permitió la creación de cuerpos de seguridad interna; de su defensa exterior en el área se encargarían los Estados Unidos, colocando así a Japón bajo la protección de la sombrilla atómica de esa área.

Liberado de esos cuidados, Japón se dedicó a rehacerse internamente y su rápido crecimiento, que superó anualmente las cifras dadas como metas máximas de desarrollo en los planes oficiales, hizo que le tomara gusto a la creciente riqueza que su pujante economía le daba. Con esto

le llegó también la necesidad de expansión de su comercio exterior y por lo tanto de iniciar una nueva apertura hacia los otros países en los que confiaba para colocar los productos de su creciente industrialización. Su política exterior principalmente de la década de los sesentas fue una política eminentemente comercial y de apoyo de su expansión económica en todo el mundo, con lo cual se creó la imagen de un país hábil para los negocios y dispuesto a ir a vender a quien le pagara asegurándole ganancia. Esta situación ha provocado admiración y cierta animadversión hacia los japoneses.

En los últimos años, sin embargo, esa imagen exterior empieza a ser impugnada por los propios japoneses. La nueva generación está muy interesada en no ser considerada meramente comerciante. Son jóvenes que viajan, más francos en su hablar, prontos para denunciar a los burócratas ineptos, a los comerciantes ambiciosos o criticar las excesivas ceremonias oficiales. Sin embargo, tal vez estén menos descontentos con la estructura de su sociedad que los jóvenes de otros países. Es una nueva generación vigorosa y orgullosa de ser japonesa, tolerante del sistema que encabeza el Emperador y ansiosa de hacer que Japón desempeñe el papel de gran potencia en el mundo.

El problema es cómo lograrlo. Los políticos japoneses actuales no podrían inspirar a esa generación. El gobierno del primer ministro Sato lleva a cabo una cautelosa política internacional, contentándose con seguir a los Estados Unidos en la mayoría de los asuntos y siendo por demás conservador. Los socialistas, el partido de oposición más importante, se encuentran comprometidos con un marxismo que hace juegos de malabarismo irracional frente a la realidad económica japonesa, en ocasiones poniendo en aprietos aun a los otros partidos de oposición, principalmente los comunistas. No ha aparecido todavía un partido, un estadista o una facción capaz de atraer tanto a la derecha como a la izquierda en pos de una nueva política exterior, y capaz de saltar sobre las cabezas de los líderes actuales de

los partidos para explicar a la gente los alcances de una tal política.

Una de las características del pueblo japonés es la de que las decisiones se toman por consenso. Hasta que haya un consenso nacional, habrá una diplomacia activa. Empiezan a aparecer signos de que ese consenso está en gestación, impelido por una creciente concientización individual de lo que significa el *status* de potencia mundial. Para muchos esta situación es parecida o similar a la que se dio a finales de los años treinta, cuando un debate nacional consideraba si Japón debía continuar su camino militarista, detenerse o retirarse.

La corriente actual está muy lejos del militarismo. Japón y la nueva generación están convencidos de que una gran potencia en nuestros días bien puede no ser una potencia militar. Los japoneses tuvieron su guerra que perdieron, y no quieren pasar siquiera por el riesgo de tener otra. Los jóvenes pueden estar fascinados con las viejas canciones de guerra que han revivido, pero esta actitud no se puede tomar como el despertar de un nuevo militarismo, y mucho menos como lo pensaba Mishima.

Hay también un creciente sentimiento de que Japón ha seguido demasiado fielmente a los Estados Unidos en su política, que Japón es, entre todas las grandes potencias, la única que continúa practicando la diplomacia bipolar en un mundo que ha cambiado. Este parecer ha sido atizado con el asunto de Okinawa, por la excesiva presión sobre proteccionismo y rearme que hacen los Estados Unidos y, principalmente, por la política unilateral hacia China de los Estados Unidos. Desde la serie de demostraciones violentas que tuvieron lugar en 1960 contra el tratado de seguridad norteamericano-japonés, las relaciones entre los dos países no habían sido tan problemáticas.

Por lo que hace a los Estados Unidos, aún se conserva en este país mucho de la imagen del Japón de los años cuarenta, cuando estaba en guerra con él. A pesar de la formidable acometida comercial de Japón en los Estados

Unidos y de que eso ha ocasionado una balanza comercial completamente desfavorable a los norteamericanos, no se ha producido una actitud de comprensión y mucho menos de entendimiento recíproco. Eso queda demostrado ampliamente por las medidas políticas y económicas totalmente desatinadas que han tomado los Estados Unidos aparentemente destinadas a proteger su comercio internacionalmente, pero claramente dirigidas contra Japón. No hay mejor ejemplo de esto que la sobretasa del 10% impuesto a la importación, o bien las presiones de Estados Unidos a Japón para que éste se impusiera una autolimitación en la importación de hilados de algodón y otras fibras.

Aparentemente toda esta situación del lado de los Estados Unidos obedece a que no ha habido una asesoría inteligente de parte de conocedores de la materia, para la formulación y ejecución de políticas más redituables.

Con toda esta situación de trasfondo, se ha llevado a cabo la entrevista del presidente Nixon con el primer ministro Sato de Japón en San Clemente, California, en los primeros días de enero del presente año. Esta entrevista se anunció dentro de la serie de conversaciones que haría el presidente Nixon antes de su visita a Pekín en el mes de febrero. Como resultado de esas conversaciones el comunicado de prensa conjunto, dio a conocer los principales asuntos sobre los cuales parece haber habido algún acuerdo:

1) Los Estados Unidos aceptaron devolver Okinawa a Japón el 15 de mayo próximo. Esta isla desde 1944 ha sido gobernada por los Estados Unidos, y se ha instalado en ella una de las bases navales más importantes de los Estados Unidos en esa región del Pacífico. La fecha señalada resulta ser un arreglo a medio camino: ni es el 2 de abril que deseaban los japoneses, ni tampoco el 1º de julio que proponían los Estados Unidos.

No parece haber habido una respuesta clara y formal de los Estados Unidos sobre la desnuclearización de Okinawa, ni sobre el retiro de las armas químicas y bacteriológicas.

gicas que están ahí almacenadas. Se dijo, sin embargo, que al tiempo de la devolución de la isla habrá una clara garantía de parte de los Estados Unidos sobre tan delicado asunto. También se aplazó para este entonces la discusión sobre el reajuste o reducción de las instalaciones militares que los Estados Unidos desean mantener en la isla.

2) Acordaron también que, en lo sucesivo, ambos gobiernos se consultarán estrechamente sobre sus respectivas políticas asiáticas, y reconocieron la interdependencia de ambas naciones, sobre todo en cuanto a negociaciones con Pekín. Esta declaración no resulta aparentemente clara ni congruente, en vista de que otro de los puntos del comunicado se refiere a que el gobierno japonés mantendrá su libertad de acción en cuanto a la República Popular de China, y se reserva en particular la facultad de tratar el problema de Formosa con Pekín.

Sin embargo, esta declaración de parte del gobierno japonés parece ser la indicación más clara de que al fin habrá una política exterior japonesa sobre este asunto, que será distinta de la de los Estados Unidos.

3) En lo económico, Japón no hizo mayores concesiones a los Estados Unidos, contra toda expectativa, para equilibrar la balanza comercial entre ambos países. Es de suponer que este asunto se negociará durante las próximas reuniones a nivel ministerial que tendrán lugar en Tokio.

En el aspecto monetario, se reconoció que el Acuerdo de Washington de "los 10", es decir, el reajuste de paridades de diciembre de 1971 que trajo como consecuencia la revaluación del yen y la devaluación del dólar, proporciona una sólida base para fundar la evolución de la economía mundial. De acuerdo con otros países, expresaron su voluntad de mejorar los arreglos monetarios, incrementar el comercio mundial y ayudar a los países en vías de desarrollo. Subrayaron la importancia de condiciones que faciliten tanto la ayuda pública, como la procedente de capitales privados.

4) Respecto a la presencia de ambos países en el área, reconocieron que el mantenimiento de relaciones de cooperación entre los Estados Unidos y Japón es un factor indispensable para la paz y la estabilidad en Asia y en el Pacífico.

5) Otros puntos del comunicado se refieren al acrecentamiento de la cooperación cultural, científica y tecnológica, particularmente en protección ambiental, utilización pacífica de la energía atómica y exploración del espacio con fines pacíficos.

Como resultado final de las conversaciones entre ambos hombres de estado, la reunión ciertamente ayudó a reanimar las relaciones entre ambos países. El premier Sato reforzó su posición en su país, que se había resentido cuando el presidente Nixon anunció su viaje a Pekín y la imposición de la sobretasa a la importación. Quedó claro, sin embargo, que aún existe divergencia de puntos de vista entre los Estados Unidos y Japón. El presidente Nixon a su vez, reafirmó su alianza con Japón y dejó abierta la puerta para que las futuras negociaciones económicas y comerciales constituyan un paso más en la mutua comprensión de sus países.